

Jackee Budesta Batanda

Periodista, escritora y empresaria nacida en Uganda. Fue durante 2010, mientras estuvo como escritora residente en Dinamarca, que comenzó a escribir su novela, *A Lesson in Forgetting*. Dos años después, *The Times* la calificó como una de las diecinueve mujeres jóvenes en moldear el futuro de África. Es uno de los treinta y nueve escritores africanos anunciados como parte del proyecto Africa39, listado que reúne a los menores de cuarenta años más prometedores de África subsahariana y de la diáspora. Ha trabajado para *The New York Times*, *The Boston Globe*, *The Global Post*, *The Global Press Institute* y *Mail & Guardian*.

En 2003, en África, fue ganadora regional en el concurso de relatos cortos de la Commonwealth con «Dance with Me» y preseleccionada para el Premio de Escritores de Macmillan. El premio Caine de Literatura Africana –el galardón más prestigioso del continente– ha elogiado su trayectoria. Esta autora también escribió una colección de relatos, *Everyday People*, y su novela, *Our Time of Sorrow*, se encuentra próxima a ser publicada. Su libro para niños, *The Blue Marble*, fue publicado conjuntamente por la UNESCO-Paris y la editorial ghanesa Sub-Saharan.

RECUERDA A ATITA

Somos cinco de las *Diez Botellas Verdes* de la canción de cuna que cantábamos, allá por 1985. Cinco botellas verdes de pie sobre el muro de la vida. Cinco rostros con radiantes sonrisas que se asoman por la antigua fotografía en blanco y negro. Nuestras manos entrelazadas forman una cadena sobre los hombros; estamos inclinadas hacia la cámara, con los ojos centelleantes. No somos conscientes de las harapientas ropas que vestimos. Laker, una de las botellas, sujeta su vestido sobre las caderas. Sé que lo sostiene para evitar que las bragas, que estaban dadas de sí, se le cayeran. Nuestras piernas están embarradas de tierra marrón. Sonreímos con algún que otro *mapengo*⁴⁸ en los rostros. Estos brillaban como un espejo recién pulido.

2003. Tengo la foto de mi pasado, con los bordes rasgados, sobre las manos. Se ha vuelto marrón con el tiempo. No brilla bajo la luz fluorescente que está sobre el letrero deteriorado «Divina Misericordia» de la tienda. Somos varios los que estamos sentados en ella, sobre andrajosas esterillas en la veranda. Al otro lado, se escucha a todo volumen la música de una radio de transistores. Le paso la foto a Okema que se sienta con las piernas cruzadas. Estoy tratando de explicarle la razón por la que he regresado a la ciudad de Gulu a buscar a las chicas de la foto. Nos sentamos en la galería porque es más seguro para pasar la noche. Los rebeldes del LRA⁴⁹ no cruzan a la ciudad de

48. «Agujero» en lengua Acholi. Haciendo referencia a la ausencia de algún diente. (*N. del T.*)

49. Ejército de Resistencia del Señor (ERS), conocido internacional-

Gulu. Restringen sus actividades a las aldeas. El aire punzante de la noche es nuestra manta, a la vez que hablamos en voz baja para no despertar a los otros niños que duermen. La mayoría de ellos, cansados de contar las estrellas en el cielo o de cantar toda la noche, se han quedado dormidos. El temor hace que Okema y yo nos mantengamos despiertos. Hablamos para lidiar con las ficciones de nuestra mente, nuestras voces se abren camino a través de la noche sobrepasando el sonido procedente de la radio de transistores. A lo lejos escuchamos disparos.

Los rostros en la foto se ven como extraños. He estado fuera demasiado tiempo. No estoy segura de que me reconozcan cuando nos reencontremos. Una sensación de vacío crece dentro de mí. Me siento como que podría desplomarme en un abismo. Las lágrimas me llenan los ojos. Levanto lentamente la mano hacia mi cara. Okema la detiene a mitad de camino y susurra:

–Hace bien llorar.

Nuestros ojos se encuentran. Sonrío. Mi mano tiembla mientras identifico los rostros. En la foto Laker se encuentra a mi lado. Inclina la cabeza hacia la izquierda, los ojos bien abiertos. Su cara con hoyuelos me mira fijamente. Nacimos en la misma fecha. Éramos como gemelas. Siempre estábamos haciendo alguna que otra travesura. Laker nos llevaba a menudo a distintas expediciones y proponía las ideas más alocadas con voz melodiosa. Era la líder del grupo. Me pregunto cómo será ahora. Tal vez terminó siendo hermosa y alta. Mi dedo índice se detiene en su rostro.

–Es Laker –le digo–, una amiga especial. Todas son amigas especiales.

mente por sus siglas en inglés, LRA (Lord's Resistance Army). Es una organización con fines cristianos extremistas que opera principalmente en el norte de Uganda, combatiendo contra el gobierno de dicho país, en lo que constituye uno de los mayores conflictos armados de África. Se calcula que desde su fundación en 1987, el ERS ha secuestrado cerca de 20.000 a 30.000 niños que son utilizados como soldados y esclavos sexuales. Unos 14.000 niños han sido secuestrados en los distritos de Gulu y Kitgum, al norte del país, cerca de 5.000 han escapado y 2.000 fueron llevados a campos de entrenamiento al sur de Sudán. (N. del T.)

—¿Por qué te fuiste? —me pregunta Okema mientras me devuelve la foto. La vuelvo a coger, la sostengo fuertemente contra mi pecho.

Titubeo. No estoy segura de mi respuesta. Nos marchamos porque teníamos que empezar una nueva vida... porque teníamos que escapar.

Me fui porque la prima de mi madre —la *min* o madre de Komakech— me llevó con ella para que cuidase de sus hijos.

También me fui porque mi abuelo materno *Won* Okech, que me había criado tras la muerte de mis padres, ahora estaba muerto. Yo no estaba bajo la responsabilidad de nadie hasta que *min* Komakech apareció como una nube de lluvia y me llevó con ella.

Mirando a Okema a los ojos, le miento.

—No lo sé —cambio de tema—. ¿Cuántos de tus hermanos se han salvado?

—Solo yo —comenta—, es por eso que mamá se asegura de que venga a la ciudad cada noche.

Okema se apoya contra la gruesa pared de yeso con un donut a medio comer en la mano izquierda. Tiene una mirada de incertidumbre. Sus ojos narran la historia de la desintegración de una familia, el sufrimiento de una madre y la memoria de unos hermanos secuestrados.

—Yo también soy la única —le digo para reconfortarlo.

Somos dos estrellas solitarias.

A veces pienso que esta búsqueda no tiene sentido. He estado fuera demasiado tiempo y han pasado tantas cosas. Hemos liderado vidas diferentes. Mis amigas de la infancia pueden haber muerto o haber sido secuestradas. Nadie sabe nada. Tengo una sensación de lucha en mi corazón que no hará que me rinda. Sé que tengo que encontrar a Laker. Sé que me necesita. Todo lo que tengo es esta antigua foto, que ya nadie reconoce. He pasado tiempo bajo el sol, moviéndome de un lugar a otro, pero sin obtener respuestas. El tiempo ha pasado por delante de mí ignorándome. Todas se han marchado; es difícil seguirles la pista a mis amigas.

Okema está roncando. Probablemente esté cansado de esperar a que llegue la mañana. Tira del saco de sisal al que él llama manta. Le envidia. Puede dormir a pesar de los llantos que provienen de los otros niños que dan vueltas sin conciliar el sueño.

La idea de que esta noche pudiera ser la última vez que respirase me mantiene despierta. Okema se revuelve en el saco y deja escapar un gemido. Me ha dicho que cada noche le persigue el mismo sueño. Sé que ahora está soñando que los rebeldes atacan su casa y lo arrancan de los brazos de su madre. Y mientras se lo llevan maniatado, le persigue el llanto persistente de su madre al ver como el último de los hijos es secuestrado. Siempre que se despierta me encuentra mirándolo. Le digo que está seguro en la ciudad. Los rebeldes son solo un mal sueño y pueden ser borrados con una canción. Lo acerco hacia mí y lo acuno en silencio tarareando, *Diez Botellas Verdes colgando de la pared / diez botellas verdes colgando de la pared / si una botella verde, cae por accidente / nueve...* tarareo hasta que cesan los sollozos y se vuelve a dormir.

Observo otra vez como duerme. Está acurrucado como una medialuna. Me había contado un poco acerca de él. Ha estado viniendo a dormir todas las noches a la veranda de la ciudad desde hace casi un año. Es como el juego *alup*, dice. Una especie del escondite con los rebeldes que merodean y atacan los poblados. También está estudiando para los exámenes finales de la primaria. Con el ocaso, se despertará y correrá a la casa de su madre, quien lo enviará a la escuela.

—Seré presidente y pondré fin a la guerra —dice en ocasiones cuando reboza de esperanza.

—Quiero volver a ver a mi madre sonreír —dice cuando se siente desanimado.

Creo que no pide demasiado. Todos necesitamos soñar a veces.

Sigo tarareando la canción de cuna *Diez Botellas Verdes* mientras lo acuno de acá para allá, apretando la foto en mis manos. *Somos cinco de las diez botellas verdes en la pared. Y si una botella verde, cae por accidente...* ¿Quién de nosotros cae primero?

~~~~~

Hospital de Gulu. Tiemblo de emoción. Laker ha sido encontrada. Ahora me alegro de no haberme rendido. Atravesamos formas postradas que yacen sobre el suelo de cemento, gemidos y quejidos. El lugar está repleto de moscas que se dan un festín con las heridas abiertas. El aire es una mezcla de medicamentos, carne podrida y sudor, avivado por el calor de la habitación.

Paso por una cama donde yace una niña gimiendo. Los muñones que eran sus piernas, ahora están sostenidos por castrillos. Una mujer mayor que está sentada junto a la cama ahuyenta las moscas. Su palma cubre la mano de la niña. Los ojos, rojos, están hinchados. El pañuelo multicolor lo tiene firmemente atado alrededor de la cabeza, se puede ver la marca que le deja en la frente.

–Una mina terrestre –me susurra el guía.

Miro hacia delante e intento caminar más rápido. Los cuerpos postrados en el suelo ralentizan mi progreso. Es una sala sin fin.

Laker se encuentra en el último rincón de la sala. Cuando nos acercamos a la cama, observo que está durmiendo. La pintura en el metal se ha desvanecido; hay marcas de verde en el negro que demuestran que una vez había sido de ese color. Una manta azul y harapienta la cubre. Permanecemos en silencio y esperamos. Seré feliz con solo ver el vaivén rítmico de su pecho. Ha pasado de ser la niña risueña y traviesa de la foto a esta joven mujer sin sosiego. El cabello despeinado le forma copetes. El rostro frente a mí podría pertenecer a cualquier otra persona, pero no a la de la foto que me acompaña a todas partes.

Su cabeza yace sobre una almohada delgada, la cual podría pasar perfectamente como parte del mismo colchón. La funda, que es de color marrón, está sucia. He estado esperando este momento desde que empecé mi búsqueda hace cuatro semanas. Imaginaba nuestro reencuentro con risas histéricas al vernos

después de tanto tiempo. Nos sentaríamos y nos contaríamos los acontecimientos de nuestras vidas desde la separación. Tal vez empezaríamos desde donde nuestras vidas se habían detenido como si nada hubiera pasado. Como si nunca hubiese dejado Gulu y el tiempo se hubiese detenido. No me había imaginado que nuestro reencuentro tendría lugar en un hospital.

Se agita sobre la cama. Extiendo mi mano para tocarla. Quiero entrar en contacto con ella y romper este bloque de hielo que me rodea mientras me quedo mirándola. Mi guía me detiene.

–Déjala –me dice con voz tajante. Levanto las cejas.

–Todavía duerme –me explica.

Su voz suena autoritaria como la de mi abuelo *Won Okech*. No lo contradigo, solo asiento con la cabeza y espero. De repente, como si estuviese sintiendo nuestra presencia, abre los ojos. Nos mira sin comprender. Le sonrío. Se me queda mirando. Sus ojos hundidos se cruzan con los míos y se posan sobre la pared gris. Su rostro demacrado me asusta. La frente está grasienta y húmeda. El calor es insoportable. Me pregunto cómo tolera la manta. Me acerco y pronuncio su nombre.

–Laker –susurro sosteniendo su frágil mano en la mía. Esta cuelga sin fuerzas. No creo que me recuerde.

–Soy yo, Atita –le digo.

Unos ojos aturdidos vuelven a posarse sobre mi rostro ansioso.

–Atita de *Won Okech* –añado, apretándole suavemente la mano.

Se las froto. Estoy junto a ella, a pesar de que no logro llegar a ella. Abre la boca.

–*Otoo*<sup>50</sup>. *Won Okech otoo*.

Asiento con la cabeza. *Won Okech* murió hace más de diez años. Me alegro de que su mente recuerde su nombre. Nadie podría olvidar a *Won Okech*. Me acuerdo que una vez, después de haber estado divirtiéndonos en el campo, al volver a casa le dije que habíamos pasado el día jugando al «papá y a la mamá»

50. «Muerto» en lengua acholi. (*N. del T.*)

con los chicos mayores que pastaban las cabras. Tosió y me preguntó qué habíamos estado haciendo exactamente, y en mi inocencia de niña pronuncié las desafortunadas palabras: «A los juegos de follar».

Nos había dado a las cinco una severa paliza con una rama cortada de guayaba que utilizaba como bastón. Nos escoció hasta los huesos; no pudimos caminar ni sentarnos durante una semana. Debió haber ocurrido al día siguiente de tomarnos la foto. No estoy segura si alguna vez mis amigas me perdonaron por mi gran boca. El único recuerdo importante que tengo de una vida que tuve y que perdí, aquellos que habían sido importantes para mí.

—Sí. *Won Okech otoo* —repito sus palabras.

Quiero saber qué pasó con las demás, pero Laker simplemente me mira como una extraña. Quiero decirle que aprendí la letra de la canción que solíamos cantar, cuando jugábamos a la comba con una cuerda de sisal. Cantábamos *dan, dan, missisi if you miss you go out...* Ahora sé que la letra es *Down, Down the Mississippi...* La aprendí de mis primos pequeños cuando los cuidaba.

Mi guía me dice que el tiempo de visita ha finalizado. No había notado lo rápido que habían pasado las horas. Quiero quedarme en el hospital, pero él no me lo permitirá. Le froto la frente grasienta a Laker. Ella se aparta. Suspirando, me inclino y le susurro al oído:

—*Laker wiyi opo ikum Atita*. Laker, por favor, recuerda a Atita.

~~~~~

Esa misma noche en la veranda de la tienda, Okema me pregunta:

—¿Has podido hablar con ella?

—No.

—¿Ha logrado recordar quién eres?

Niego con la cabeza.

—No te preocupes, yo si me acuerdo de ti. Te he guardado un lugar para que durmieras..

–Dijo que mi *Won* Okech estaba muerto.

–Entonces se acuerda...

–No –digo con frialdad–, no recuerda. Quiero que se acuerde de mí. Quiero que se acuerde de Atita. Mi nombre no le suena.

–Lo siento –Okema suspira y arrima el saco de sisal a su lado.

–Vamos a dejarlo aquí.

Okema se desliza sobre la rugosa pared de yeso. El silencio es interrumpido por intervalos de tos de los otros niños. A veces una figura solitaria pasa por delante de nosotros, o un perro callejero corre ante nuestros ojos. Pero la mayor parte del tiempo, la plaza del pueblo donde nos sentamos, está vacía. La gente está encerrada en sus casas.

Miro hacia adelante. Laker no me recuerda. Quizá he cambiado tanto que no puede identificar a la extraña que la visita y que menciona nombres que podrían haber tenido sentido en un momento determinado. Los nombres que menciono son solo huellas de quienes hemos sido.

No soy la misma Atita con quien ella jugaba años atrás. El tiempo y la distancia han moldeado diferentes personas. Hemos tenido que pagar un precio por el juego que llamamos «vida» y no sé cuánto tiempo podremos aguantar.

No he descubierto aún por qué está en el hospital de Gulu. Tal vez una grave enfermedad ha consumido su memoria. Saco la foto de mi chaqueta y me quedo mirándola. Ahora está arrugada porque la tenía estrujada junto a mí. Las líneas desdibujan de forma abstracta nuestros rostros sonrientes. La aprieto contra mi pecho e inhalo.

El aire se alimenta del aroma que el suelo libera a medida que pequeñas gotas de lluvia dan con la tierra. Siempre me ha gustado este olor. Un fuerte viento sopla nuestro camino y el destello de un relámpago atraviesa el cielo. El relampagueo hace que Okema se aferre a mí y que lo sujete en mis brazos. A pesar de su madurez, le teme a algo. Ahora veo al niño que hay en él. «Los rebeldes llegaban cuando el trueno rugió en el cielo», me dijo más tarde. Distintas figuras corren a la veranda para resguardarse. Nos apretujamos mientras escuchamos las gotas sobre el

techo metálico. El ventarrón y la lluvia hacen que en cuestión de segundos estemos empapados. El frío nos lastima las narices y se filtra por los huesos.

—«*Min latin do, tedo i dye wor, mi madre cocina durante la noche...*» uno de los chicos empieza a cantar. Me uno a la canción con entusiasmo. Solíamos cantarla con alegría cuando éramos jóvenes, Laker llevaba las riendas. Esta noche es distinta, diferente. Esta vez, las voces que se unen son inquietantes y vacías. De vez en cuando, una tos interrumpe la canción.

Hacemos una pausa y luego continuamos. Okema se sorbe las lágrimas. La canción nos ayuda a sobrellevar la lluvia y el frío mientras permanecemos de pie, ya que los naranjos que están próximos a las tiendas no sirven de refugio para los demás «viajeros nocturnos». Estamos de pie también porque la veranda está completamente mojada. Mojados, pero seguros en la ciudad lejos de los rebeldes.

~~~~~

La mañana trae consigo un suspiro de alivio. Mientras que Okema y los otros chicos corren de regreso a sus casas para prepararse e ir a la escuela, yo me dispongo para partir otra vez al hospital de Gulu. No puedo llevarle nada a Laker. Hay escasez de alimentos y mi dinero se ha terminado. En momentos como este, sueño que mi boca saborea *malakwang*<sup>51</sup> y *lakotokoto*<sup>52</sup> como cuando éramos pequeños y nos dábamos ese deleite. Rememoro aquellos tiempos cuando corríamos libremente por el pueblo. Las cosas han cambiado. Es imposible caminar con total

---

51. Plato popular y uno de los favoritos de los acholi. Se elabora a base de hojas de malakwang, vegetal similar a la espinaca pero de un sabor un poco más amargo, y cacahuets. Suele acompañarse con boniato (batata). Los acholi, también conocidos como acoli o akoli entre otros, además de ser una zona geográfica, son un grupo étnico de Uganda que representa el 4% de la población. Habitan en el norte de Uganda y en el sur de Sudán. (*N. del T.*)

52. El Lakotokoto es uno de los platos tradicionales más apreciados en Acholi y otras partes del país. Es una salsa utilizada para acompañar carnes y se elabora a base de semillas de sésamo sin tostar. (*N. del T.*)

libertad y hacer una pregunta sin levantar sospechas. Solo soy afortunada de haber dado con alguien que me ayudó a encontrar a Laker. Añoro los tiempos cuando nos sentábamos alrededor del *wang oo* –la chimenea– a escuchar cuentos y adivinanzas y nos reíamos bien entrada la noche, para luego dormirnos en un hogar seguro. Tengo remembranza de los lejanos sonidos de los tambores en los bailes juveniles del *dingi-dingi* y del *larakaraka*.

Hoy, mientras estoy sentada junto a la cama de Laker, le froto las manos y le digo continuamente que soy Atita, de *Won Okech*.

–*Otoo. Won Okech otoo.*

–Si. *Won Okech otoo* –todavía resuenan sus palabras.

Estira el brazo para sentir mi cara. Me inclino hacia delante. Ojalá sus manos encontrasen en mi ansioso rostro las risas de aquellos años de la niñez. Ojalá hoy se acordase de mí. Debería recordar a Atita. Las ásperas palmas se mueven desde la frente a los ojos, para descender hacia mis mejillas y detenerse en la cicatriz que se encuentra debajo de mi barbilla. Sus dedos la acarician. ¿Estará recordando? Tengo esa cicatriz desde un día cuando jugábamos al balancín y habíamos colocado una barra metálica, que estaba oxidada, en la muesca del tronco de un árbol de mango. Fue idea de Laker. Me caí del balancín cuando ascendió. A metros del suelo hizo que se me saliese el alma y cayera con la barbilla hacia adelante. Los otros huyeron en distintas direcciones a medida que mi grito rasgaba la tierra. Temían a *Won Okech* en estado de cólera.

Ahora que sus dedos se apoyan en mi cicatriz, extendiendo la mano y sujeto la suya. Entonces ella me mira a los ojos como si buscase algo. Sus ojos se mueven desde la cicatriz y se fijan en mi cuello. A ella le gustaban los anillos que se formaban a su alrededor como si fueran elegantes joyas. Se burlaba siempre de mí diciéndome que yo no tenía que usar collares. Había sido bendecida con uno natural. Nunca se cansaba de mirar mi cuello murmurando a menudo:

«Atita, Atita, la del cuello de brazaletes». Si lo dijese ahora, sabría que me ha recordado.

Casi puedo ver esa sonrisa que tanto he anhelado, aquella con los labios levantados. Veo la expresión y espero a que aparezca como si fuera un brazaletes de cuentas extraviado. Mis ojos están demasiado ansiosos por ver la señal que anunciará que ha encontrado un rostro familiar en alguna esquina de su memoria. De repente, se aparta de mí. El rostro, como todos los días que he venido a visitarla, tiene la misma mirada en blanco.

Esa mirada ausente es una señal de despecho de que Laker no llena el vacío que hay dentro de mí. Los riesgos que he tomado en intentar encontrarla me abrazan de repente. La sensación de vacío se ensancha cada vez que veo su vacua mirada. No puedo recuperar mi persona en ella. Éramos cinco de las diez botellas verdes de la canción de cuna. Una de nosotras está estrellada. Estoy tratando de unir las piezas juntas pero me quiebra la impotencia.

Quiero permanecer sentada aquí hasta que me recuerde. Supe que había sido encontrada tendida en una carretera cerca del hospital. Me dijeron que había caminado un largo trecho. Nadie conoce su historia, pero está destinada a ser la misma. Vengo porque deseo ser la conexión con su pasado. Espero que recuerde los buenos tiempos y estos ayuden a cicatrizar las heridas. Desde que está en el hospital de Gulu no ha hablado.

–Laker –la llamo.

No responde.

–Laker –repito.

Se da vuelta, no porque reconozca el nombre, sino porque mi voz la perturba. Sus ojos siguen con la vista en blanco. Una mirada vacía se posa en mis ojos y provoca que las esperanzas se hagan añicos. Me quedo con un vacío en el pecho como si un globo hubiera perdido el aire.

Por más que lo intente, no puedo delinear la sonrisa que brotaba de su rostro como si fuese un nuevo amanecer. La pasión que definía a sus ojos ha desaparecido. Cuando nuestros ojos se

encuentran, no hay cariño, ya no brillan. La foto continúa en mi bolsillo. Cinco rostros con radiantes sonrisas que se asoman de la antigua fotografía en blanco y negro. Nuestras manos entrelazadas forman una cadena sobre los hombros; estamos inclinadas hacia la cámara, nuestros ojos risueños son capturados en un momento, inmovilizados por el tiempo. ¿Qué pasó con las cinco botellas de color verde?

—Quiero enseñarte algo —le digo.

Tomo la foto de mi chaqueta de *jean* y la sostengo frente ella. Aguanto la respiración, deseando que me reconozca. La mira.

—¿*Wiyi Po*? ¿La recuerdas?

Señalo con entusiasmo su rostro.

—Como ves estás aquí y yo a tu lado; soy Atita.

Su rostro no muestra reconocimiento. Me mantengo serena.

—¿Ves? Aquí están Oyella, Adongping y Lamwaka —señalo los otros rostros de la foto, pronunciando lentamente los nombres para que pueda recordarlos. Sus ojos siguen el movimiento de mi dedo.

Me siento cada vez más nerviosa. Tal vez esto sea una pérdida de tiempo. Existe la posibilidad de que Laker nunca logre recordar nada. Aun así, estoy convencida de que ella me pueda decir dónde están las otras. Éramos cinco botellas verdes sobre el muro. ¿Quién de nosotras cayó por primera vez?

He estado viniendo aquí por un tiempo. Tengo que ayudar a Laker. Cada vez que digo *Won Okech* ella pronuncia la misma frase.

—*Otoo. Won Okech Otoo.*

—Si. *Won Okech Otoo.* Me hago eco de sus palabras con el fin de crear una relación entre nosotras. Hay muchas cosas que me gustaría decirle. Quiero contarle sobre el nuevo amigo que he conocido, Okema, el que quiere convertirse en presidente y poner fin a la guerra. Que imagina no tener que dormir en las verandas de la ciudad para evitar ser secuestrado. Que se ve riéndose y engordando por estar sentado y no hacer nada. Él desea que podamos disfrutar de esas cosas.

Quiero contarle sobre la lluvia durante la noche, que duermo de pie, protegiendo a Okema, que tiene miedo a los truenos. También, de las otras noches cuando las balas rebotan en la oscuridad y tememos que pueda ser el último día de nuestras vidas. Quiero recordarle el cuento popular que decía que cuando llovía era porque los rayos y los truenos estaban teniendo una pelea.

~~~~~

Otra noche en la veranda de la tienda. Okema pregunta por Laker.

–Está bien –le digo sin mirarlo–, casi bien.

Al menos recuerda a *Won* Okech. A su debido tiempo, recordará a las demás y a mí. Me contará lo que sucedió el día que se derrumbó camino al hospital de Gulu. Recordará los rostros de la foto que llevo conmigo todos los días.

Okema dice que debería volver al lugar donde había estado viviendo, antes de que la locura se apoderara de mí y me trajera a Gulu, en busca de mis amigas que no pueden recordarme.

Me paso las noches en la veranda para revivir las vidas que mis amigas han tenido mientras yo dormía con las mejores comodidades. Estoy bajo la lluvia porque barre la culpa que se ha cristalizado en mi corazón y que pesa sobre mi cabeza como una piedra de molienda. Le digo a Okema que él no puede entender por qué tengo que visitar a Laker todos los días.

Un fotógrafo pasa junto a nosotros haciendo clics con su cámara. Okema le escupe.

–¿Por qué le has escupido?

–Porque está haciendo dinero con nuestras desgracias –responde bruscamente.

–Quizá es periodista.

–Eres nueva en esto de las personas sin hogar.

Él tiene razón. No sé nada de esta vida nocturna.

Esta noche escuchamos disparos pesados seguidos por una fuerte explosión. Las voces de los otros niños se interrumpen.

Intercambiamos miradas estupefactas temiendo a aquello que se esconde detrás de nuestras pupilas. La radio de transistores se apaga de repente. La única voz que canta a través de ella se silencia dejándonos solos. Okema tose y susurra que es un mortero. Lo miro sorprendida. Dice que ha aprendido a diferenciar los sonidos de los disparos. Antes de que pudiera responderle, me viene un ataque de tos.

~~~~~

Hoy Laker logra desprender una sonrisa. Es tan radiante como el sol que brilla por la ventana. Está un poco más amable. Otra vez, su dedo recorre mi cara y se detiene en la cicatriz de la barbilla. La acaricia con movimientos circulares de su dedo índice y cierra los ojos. Es como si ella estuviera concentrándose intensamente en algo. Tal vez esta le está comunicando algo. Abre los ojos y sonrío enseñando las encías negras. Su dentadura resplandece y el rostro demacrado se ilumina. Le devuelvo el gesto con una sonrisa. Evito tocar su mano, ya que la vez anterior se produjo un quiebre con este gesto.

—¿Atita? —susurra.

Me olvido de las advertencias y estiro la mano para tocar la suya. Temo que la aparte.

—Si, Atita. Atita de *Won* Okech.

—*Otoo*. *Won* Okech *otoo*.

—Estoy aquí —le susurro.

Laker aleja su mano y comienza a mecerse. Me reflejo en sus ojos y me encuentro viajando por un camino sinuoso de tierra. Paso por huertos de *gwana* —yuca—, y huertos de mijo. Pequeñas piedras entran en mis zapatos; me agacho para quitarlas, ya que hacen el viaje más dificultoso. Cuando levanto la mirada, me encuentro en la finca de *Won* Okech. Oigo voces detrás de las chozas de *ot lum* —paja—. Sigo las voces y veo una versión más joven de nosotras de pie bajo un árbol de mango. Nuestras

risueñas voces se solapan con el viento de alrededor. Laker nos ordena que cojamos y coloquemos el palo entre la boca del árbol para simular lo que será nuestro balancín. Levantamos el palo que está detrás de las chozas de *ot lum* y lo llevamos al árbol de mango, luego lo metemos en la muesca. Me siento en el extremo inferior del palo, ya que soy la más liviana y luego Laker salta sobre él. Se balancea en el aire. Me veo abriendo la boca para gritar y mis ojos bien abiertos son como dos pelotas. El corazón salta, pierdo el equilibrio y aterrizo en el suelo, un grito se propaga por el aire. Mi barbilla golpea el suelo y los dientes chocan entre sí.

Laker deja de mecerse. Sus ojos recuperan una mirada ausente. La memoria. Es como si yo hubiera estado en el aire, despedida del palo. Mi corazón todavía galopa. Sus ojos exhaustos se cierran.

Sigo conmocionada.

~~~~~

Okema se sienta debajo del tubo fluorescente a leer. Hay otros niños dispersos en varias verandas haciendo lo mismo. Me ha dicho que los exámenes están a la vuelta de la esquina. Esta noche no hablo con él. Lo dejo que estudie. Tiene que sobresalir y luchar por su sueño de convertirse en presidente. Quién sabe si él pueda brindarnos la paz que promete.

~~~~~

Cuando visito a Laker por la mañana, hay algo en ella que me asusta. Una extraña sensación me abrumba. Siento como si fuera capaz de leer mi alma. No recuerdo que tuviera poderes durante nuestra infancia.

Actúa como si nada hubiera pasado ayer. Está encerrada en su mundo. Como el primer día. La mirada vacía la protege de las



numerosas preguntas que me desbordan. La ayudo a sentarse y la alimento. Toma el té negro lentamente como si estuviera tratando de leer algún mensaje en él. Lo retiene en la boca y desciende por su garganta sin prisa. Le lleva tiempo terminarlo y para entonces, mi mano empieza a temblar de cansancio. Mientras le retiro la taza quiero preguntarle sobre la caminata que emprendimos por su memoria pero algo me retiene. Al final termino sacando la foto destrozada que he llevado conmigo todos los días y le señalo a las demás.

–Laker, háblame de Oyella.

Me observa durante un rato. Una mirada de rememoración se proyecta brevemente a través de sus ojos.

–¿Que le pasó a Oyella? –le insisto.

Su rostro se contorsiona con el dolor. Comienza a mecerse. Intento calmarla, pero ella se mueve más rápido. Quedamos mirándonos. Sus ojos adquieren una mirada de ensueño y habla de forma incoherente como si se encontrase fuera de su cuerpo.

*Fueron capturadas el mismo día... Los hombres llegaron a la aldea y las rodearon. Las amarraron con cuerdas. Cargaron las cosas que ellos habían robado y los siguieron. Estaban agotadas por la larga caminata. Era una noche oscura... La luna impidió que ella pudiera ver sus rostros. No podía distinguir las caras. Caminamos lentamente. Algunos de los hombres armados gritaban golpeándolas con las culatas de las armas y con palos. Alguien se cayó e hizo que otras también lo hicieran y aunque se pusieron rápidamente en pie, ella permaneció en el suelo. Giró la cabeza. OYELLA. Nuestra Oyella. Uno de los hombres armados le gritó para que se levantara. No se movió, se quedó como un ovillo. Él gritó otra vez y ella seguía sin hacerle caso. Sus ojos brillaron; luego el terror se posó en ellos y fue reemplazado rápidamente por el vacío. Se quedó inmóvil como si hubiera visto la muerte a pocos pasos y no le importase lo que pudiera ocurrir a continuación.*

–¿Quieres descansar? –le preguntó el hombre.

*Ella asintió con la poca fuerza que le quedaba.*

*—Tus deseos son órdenes —se rio mientras le disparaba entre los ojos.*

*Ella no gritó. La otra chica luego se escapó y logró llegar al hospital de Gulu.*

Laker dejó de mecerse. Respira rápido como si hubiera estado trotando. Empieza a reír histéricamente. Me alejo muy rápido de su cama para regresar al recinto. Una de las sonrisas de la foto se ha desdibujado. La otra está tendida en un hospital reapareciendo entre historias. No sé nada de las otras dos amigas. Éramos cinco.

Lloro. Estornudo sobre el pañuelo y saco la foto de mi chaqueta. La sonrisa de Oyella en la foto se ha desvanecido, y también su rostro que es sustituido por una mancha de color gris. Me desplomo apoyada contra el árbol y me quedo mirando el cielo. Sigue siendo azul. La hierba de mi alrededor sigue siendo verde y el hospital sigue estando allí.

~~~~~

—Oyella está muerta —le digo a Okema por la noche.

—Lo siento —me dice. Coge mi mano acariciándola. Nos sentamos acurrucados en la veranda. Es otra noche fría y estrellada. Los dioses de lo alto pueden mirar hacia abajo y ver dos puntos en un porche. Tal vez ellos se ríen de nuestra miseria mientras nos apiñamos relatando las pérdidas. Arrojan monedas y esperan a la próxima víctima. Quizá están apostando y nosotros somos las piezas indefensas que intervienen en su juego. Con sus gélidos corazones, intercambian la suerte e interfieren en nuestro destino.

Miro hacia el cielo y veo una luna llena. Imagino que veo a sonrientes dioses sentados sobre la luna y alrededor de su taburete de juego. La luna está vacía.

—Algún día esto llegará a su fin —dice Okema irrumpiendo mis pensamientos—, esto va a terminar.

Asiento con la cabeza y le digo:

—Sí.

Suspirando me pregunto qué hubiera pasado si hubiese sido yo a la que llevaban, ahora podría estar como Laker postrada en un hospital o desaparecida como Adongpin y Lamwaka. No había oído hablar nada sobre ellas. Es como si hubieran desaparecido en el cielo o hubieran sido convertidas en polvo y arrastradas por el viento.

~~~~~

Hoy Laker sonrío radiante cuando me ve. Se ve diferente ahora con el pelo cortado y limpio. Ha desaparecido su mirada apenada. Cuando me siento a su lado, levanta la mano para acariciar la cicatriz de mi barbilla. Sostengo su mano y le devuelvo la sonrisa. Diecisiete años han pasado desde el día en que tomamos la foto con la felicidad de unas niñas que se inclinaban hacia la cámara; momento que llevo conmigo a todas partes, como a mis sueños.

Sostengo su mano y la ayudo a salir de la cama. Se levanta con gran dificultad y se inclina hacia mí. Tengo que sostener la mitad de su peso. Caminamos lentamente hacia la puerta y llegamos con dificultad al recinto. Caminamos y nos sentamos bajo el gran árbol de mango que está en el medio del hospital. A ella le encanta sentarse bajo la sombra. Cada vez que voy a verla, nos dirigimos al mismo lugar.

Laker levanta la mano para cubrirse los ojos y protegerlos del sol. Se tumba con la cabeza sobre mi regazo. No prestamos atención a los gritos de bebés y mujeres que se encuentran alrededor nuestra. No soy consciente del tiempo transcurrido bajo el árbol. Vemos el sol desaparecer y las sombras que se alargan mientras descienden sobre las ventanas. Laker alza la cabeza y la apoya sobre el tronco del árbol de mango. Su mirada se queda fija en mí.

—¿Cómo era la canción que solíamos cantar? —me pregunta. Sonrío.

—*¿Min latin do, tedo i dye wor?* —le digo y empiezo a tararear la melodía. Me imagino que va a acompañarme con la canción.

Cierra los ojos y me escucha cantar. Asiente con la cabeza. Luego se vuelve hacia mí y abre los ojos. Siento como examina mi cicatriz y el cuello. Se ríe con alegría.

–Atita, Atita, la del cuello de brazaletes –susurra.

Sus labios dibujan una sonrisa, muy lentamente se ilumina y arde con tanto brillo como la lumbre. ¡Ha recordado!

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra».

Coedita:



Con la edición de esta Colección de Literatura, Casa África se marca como objetivo dar a conocer las voces de escritores africanos, tanto los considerados clásicos como los emergentes, y acercar al lector español e hispanohablante obras emblemáticas de las letras africanas.

Luis Padrón - Director general de Casa África

- © Las autoras (de los textos)
- © Federico Vivanco (de la selección, traducción y el prólogo)
- © Baile del Sol (para esta edición)
  
- © Leticia Jiménez (de la ilustración de cubierta)
- © Inma Luna y Lucas García Cañas (de las ilustraciones interiores)

Correctora de estilo Cristina Parada Fraga

Impreso por Reprográficas Malpe S.A.

D.L.: TF 717-2017  
I.S.B.N: 978-84-16794-70-6

© Ediciones de Baile del Sol, 2017